

ALBERTO BEVILACQUA



Una Escandalosa Juventud

**Dos juventudes se funden en esta obra:
la de una memorable figura
de mujer contemporánea,
y la emblemática de la sociedad
en que vive.**

PLAZA & JANES

Alberto Bevilacqua

UNA ESCANDALOSA JUVENTUD

Título original:

UNA SCANDALOSA GIOVINEZZA

Traducción de JUAN MORENO

Portada de TERCETO

Primera edición: Octubre, 1982

© 1978 Rizzoli Editore, Milano

© 1982, PLAZA & JANES S. A. Editores

Virgen de Guàdalupe, 21-33. Esplugués de Llobregat
(Barcelona)

Este libro se ha publicado originalmente en italiano con
el título de UNA SCANDALOSA GIOVINEZZA

Printed in Spain — Impreso en España

ISBN: 84-01-30372-9

Depósito Legal: B. 33.265 —1982

1

Ponían en el poste a los Charlatanes.

Postes de hierro, trozos de cadena, siempre visibles en las plazas de los pueblos del Po, alejan a los perros.

Charlatanes joviales o trágicos, astutos como zorras o ingenuos como niños. Cambiaban las estaciones. Adivinaban, a través de la matemática del futuro, las catástrofes y las épocas felices y, más allá de las metamorfosis del mundo, traían el éxito y la ventura. Dispuestos a enseñar la cara oculta de la Luna o, más simplemente, la descubierta de la eternidad.

Eran habitantes de la baja orilla, confundidos en las aguas con las mismas cuencas y canales, nubes de peces y pecios de mareas prehistóricas. Buhoneros, chamarileros, vendedores ambulantes de libros y sombreros, botijeros y caldereros. También extranjeros que aparecían en las orillas con el aspecto de predicadores no pertenecientes a ninguna Orden, altos sombreros de guisa armenia, caftanes negros con dos cruces rojas en el pecho o en la espalda. Soplaban trompetas de cobre, o llevaban los brazos cubiertos de campanillas, o portaban fonógrafos en forma de cáliz.

Desde la Abbazia di Pomposa y desde el Gran Bosco della Messola, hasta Sabbioneta y Casalmaggiore. Sin embargo, los imaginaban llegar de ninguna tierra y los reconocían encontrándolos representados en los Tarots Infames y en los Libros de Horas entre frisos con pájaros, delfines y trípodes con la simbólica llama.

Los azotaban y los envenenaban.

La Guardia Regia vigilaba su agonía, adormecida bajo el quepis, los guantes blancos sujetos a la brida, las botas en el estribo; gritadas todas las verdades, perdida la voz, el Charlatán soplabá ante sí y, al huir de la arena, aparecían palabras bien grabadas, palabras no esclavas que eran modos de ser con la clarividencia de las escritas en las hojas. La Guardia Regia las pisoteaba pacientemente con los cascos del caballo, hasta que acababan por confundirse.

El Charlatán moría con los labios rotos, con las orejas amputadas, sin tener ya la fuerza de impulsarse hacia arriba, hacia la luz y la magia con la que había logrado comunicarse. Entonces, la Guardia Regia se alejaba al ligero trote en el mar de las retamas.

Zelia niña se ponía en la sillita frente a los Charlatanes, en las plazas desiertas, entre las torres candentes de sol o cubiertas de nieve. Tenía la impresión de sofocarse con ellos, de tiritar con el mismo hielo, de sentirse cansada de su propio cansancio. Se levantaba para pasarles el unguento por las llagas, como algunos adultos fugitivos le recomendaban, o apara apoyar la oreja en el pecho y descifrar palabras reducidas a un sordo suspiro. Luego encendía la linterna entre la silla y el palo y volvía a sentarse bajo la Luna graciosa de julio o la obtusa de los meses de otoño. Se dormía incluso en las rápidas lluvias que desaparecían en la noche.

Un día pusieron en el poste a una mujer.

Zelia miró la luz del invierno caer sobre ella. Le habían robado el chal, y sus ropas, destrozadas, estaban en el suelo. Expandía un intenso olor a mujer, y en su desnudez ensangrentada añoraba una nervadura tensa como el mármol; la sangre, en coágulos, le formaba una absurda rosa en la izquierda del pecho. Se miraron fijamente e, hipnotizada por la oscura fuerza de aquella mirada, Zelia comprendió la belleza e identificó en ella su futuro. La Charlatana tenía las manos y los pies pequeños, los ojos celestes; el cuerpo,

pleno y solar; cuando se acercó a ella y la besó, la oyó balbucear los sonos de una lengua exótica que significaba felicidad y placer.

Un beso que le quemó la garganta y quedó para siempre en su memoria.

El Charlatán aplicaba palabras conocidas a verdades ignotas, y viceversa.

A Zelia le profetizó que sucederían cosas que ella viviría y lograría expresar con las palabras ya inventadas por los hombres. Otras que sólo conseguiría expresar inventándose ella las palabras, y con ellas, el soñar de la tierra, la mímica y la ironía de la Naturaleza. Otras aún que no lograría expresar de ninguna forma y las oiría de los extranjeros, porque le parecerían grandes como sueños y vividas por todos menos por ella.

Supo que eran las tres formas del conocimiento.

La niña se despertaba al oír el ruido sordo del cuerpo que caía del gancho.

2

En algunas tierras del Po llaman ojo al inventarse de la vida y a su juego. Y si un hecho era de cierta forma y a mí me daba el capricho, inmediatamente lo cambiaba con la juventud de mi cuerpo y de mis pensamientos, juventud tan fuerte como para darle la vuelta a las montañas. Para divertirme con el mirado, aun cuando habría tenido que empecinarme. Y no dejar obrar a su antojo a Dios, si es que existe, o a Bios, que existe ciertamente.

Hasta en una Historia como la de Italia que me dispongo a contar, que fue tenida secreta y que conocí viviendo sus mil aventuras, jamás me he sentido víctima. Dicho esto, y no contando para ello con lo que es, sino como uno quiere que sea y, sobre todo, cómo la ve, la vida es poco más. Incluido el escándalo que alguien sentirá respecto a mí.

I

Un día recordó de pronto algo que había ocurrido antes de que naciera su memoria. Comprendió que su juventud acababa de alcanzar nuevamente su plenitud y, con ella, las primeras imágenes de la vida: el Po cubría la tierra de las orillas que daban al Delta, mientras ella iba por los laberintos de aquel universo de agua, atractivo y amenazador como la forma misma de la fantasía infantil. Sobre una barca con los restos de seres desaparecidos, entre columnas de barro que subían al cielo y se precipitaban del mismo.

Tal vez era un siglo que acababa u otro que empezaba. O tal vez un tiempo que no tuvo comienzo ni fin, un lugar de lo imaginario en el que es lógico que ocurran muchas cosas, los juegos y los dramas e incluso el fin del mundo.

Se acordó de la garza.

Cuando se detiene y, a duras penas, se la distingue en el Sol, que a duras penas para imitar su inmovilidad, es la Sangre de Bios que ensucia la tierra y, antes de que estalle trueno, ensombrece el silencio.

Se acordó del Sol tras la garza.

En Polesine, Colorno y Roccabianca empezaron los niveles máximos y hasta los torrentes superaron las señales de seguridad, corriendo por los países. La gente no supo hacia qué parte huir, y las bestias se amontonaron y siguieron al trueno, tomándolo por la voz de Bios que las llamaba finalmente, prefiriéndolas a los seres humanos. Desazonados los caballeros, que, en su mayoría, eran viejos o apenas na-

cidos, los caballos se levantaron sobre sus patas delanteras intentando volar hacia aquella voz, mientras, en lugar de los santos protectores, avanzaba el *Ersatz* esperado desde hacía siglos, con un blancor de vestiduras bautismales, patrono de los asesinos y de las mujeres de mala nota, pero capaz de transformarse en el Orlando Enamorado.

Cuando lo vieron flotar en la niebla y en el inmenso cenagal, cuyos confines estaban señalados por las antorchas de viento, comenzó el éxodo.

Los caminos se cubrieron de carros, y las familias reagrupadas en lo alto de los muebles y trastos, veían cómo los sacos de arena estallaban contra los diques de contención de los terrenos anegadizos; las barcazas arrastrar hasta la orilla las carroñas del ganado ahogado, y cuerpos humanos que chocaban contra los contrafuertes, descendían hasta los precipicios de los pedregales, se hundían en los remolinos o levitaban en los carriles de los puentes.

Recordó que desde la barca iba contemplando el fin de aquel mundo en el que iba a poner el pie, y su alma jovial le preguntaba: ¿vale la pena? ¿Quién la había dejado sola? ¿A quiénes pertenecían las chaquetas y los vestidos que formaban una yacija entre los remos? No veía a nadie. Sólo aquellas ropas: un chal de colores brillantes sobre el escámo; grandes velas en el fondo; un ratón que navegó con ella y luego decidió saltar al agua, donde lo vio flotar en la superficie durante un rato, y luego ahogarse. Y había una botella de cristal rojo, con un tapón de oro. Una noche, en un arrebato de rabia, se le cayó y se rompió, y un intenso perfume la envolvió, perdiéndose en el viento impetuoso. Una mano femenina había dejado un cesto de trabajo y un sombrero de paja de alas anchas, al que había permanecido fijado un macizo pendiente.

La barca chocó contra una pilastra. Resistió un furioso vuelo de golondrinas que, creyendo ponerse a salvo, volaban tan bajo, que sus picos chorreaban fango. Finalmente, se insinuó en un terreno anegadizo.

Fue su salvación.

La fangosa marea tronó más lejana y pasó en cabalgatas como sobre otra tierra: de vivos y muertos extraños. Desde su refugio la vio transformarse en un cementerio de embarcaciones que iban con crucifijos en la proa, y llamas de noche, y plegarias que alzaban la vacía infelicidad de las sirenas en los puertos. Con el crecer de las aguas, una cabeza de niña fue a rozar el Sol.

Entonces llevaron el toro.

Lo arrastró una muchedumbre de campesinos que impresionaban por su delgadez; pasmados de visiones donde los animales más feos se convertían en divinidades; que se creían en el seno materno succionando las cañas venenosas y que cada día confiaban a las balsas muertos siempre más numerosos. Tenían cabezas de leopardo y —las mujeres— de tigre que parecía el gamo. Venían de Colorno y de Mezzano Rondani, e incluso de más lejos.

Azulado por los mangos de las hachas y por las puntas de las palas, el pobre animal no comprendía tanta furia y dolor. Era gigantesco, entraba bajo las hileras de los árboles agitando sus copas y semejando una montaña roja y morena. Sus cuernos brillaban. El cuello se erguía como una torre. La impresión más terrible la producía su detenerse, con bruscos desgarros, para escrutar la crecida, cuyos límites se encontraban con la noche. Lo bloquearon sobre las piedras lunares que estaban enfrente del terreno anegadizo en que Zelia se había salvado. Los hombres lo sujetaron por las patas y las mujeres se arrodillaron tendiendo las manos hacia el escroto como hacia una fuente sagrada. Cantaban las palabras del tabú que lleva por nombre *Gaídura*.

La verga salió fuera del prepucio y azotó el aire. Todas las mujeres se apoderaron de ella hasta que creció en toda su potencia. Ahora reían y lloraban poseídos por una locura contra la cual el animal agitaba los cuernos. Tratando de

huir, desplazaba a la multitud a derecha e izquierda, alzando lamentos como de vergüenza.

Astrólogas y sacerdotes miraban por encima de los terrenos anegadizos. Y las primeras invocaban a Dios, y los segundos, a Bios. Que el semen estallase en la mayor cantidad posible y se esparciese completamente por la orilla del río; entonces —aseguraban— se aplacaría la crecida.

Una muchachita se desnudó entre la cruz y el asta sangrante, y la habría penetrado hasta el corazón si no la hubiesen sustraído a tiempo. El toro osciló para encontrar de nuevo el apoyo. Mientras el semen se derramaba entre las manos de la más afortunada, desgajó el tronco de un álamo. La turba se aferró a los cuernos, o sea, arrastrándose el uno al otro, arrastraron al animal, que ahora se movía lateralmente y de carrera, pese a la hemorragia del semen, que parecía no tener fin, inundando hierbas y raíces y propiciando así la ley de las Astrólogas. Trotó hasta que le fue posible. Luego se agotó bajo la fuerza obscena que hacía aquella multitud, más bestial que él: la verga penetró de nuevo como un cilindro aplastado, pese a que la retuvieran lanzando alaridos y hundiendo las uñas. Entonces lo mataron.

El tabú exigía que también la sangre se esparciera. La tierra se hizo bermeja. El toro se apoyaba sobre las patas anteriores fracturadas, cuyos huesos salían de la piel, y luego cayó derribado de pronto. Su lamento dominaba las orillas. Maniobrando los cuchillos de matadero, hundiéndolos en los testículos o en el corazón, las mujeres fueron las más despiadadas.

De estas visiones antes de la memoria se acordó Zelia Grossi, que entonces no tenía aún este nombre; más aún, que no tenía nombre alguno. La locura desapareció como por encanto. La garza detenida en el disco solar contempló la avenida, que en realidad empezaba a retirarse, y a una niña que a duras penas se aguantaba de pie, aunque tenía la fuerza necesaria para marchar entre los restos del sacrificio. Cuando lo alcanzó y se arrodilló sobre él, el toro respi-

raba aún; habían abandonado en el fango la verga amputada, y los ojos de la bestia moribunda la miraban fijamente con ansiedad, con un vislumbre de piedad.

La garza se apartó del Sol y volvió a volar. Un sacerdote fue a las orillas agitando una campanilla y llevando la majestad de un crucifijo de oro. Mientras las aguas del río recuperaban la calma de un paseo y las alondras llamaban de todas las direcciones, señalando los árboles que habían sobrevivido.

Así, Zelia Grossi entró en aquella cosa que llaman vida. Y que luego no se sabe.

—¡Es la huelga del ocho! —exclamó.

—No hay huelga —le respondieron—. Ni la habrá. Lo hicieron salir de las filas de los detenidos en el patio y lo introdujeron en la sala de armas.

—¿Oficio? —preguntó el teniente.

—Trabajo de fantasía.

El látigo de jinete lo golpeó contra el corazón.

—Nombre y apellido.

—Me llaman Parmenio *el Loco*. Parmenio, como Bettoli.

—¿Loco? Y, ¿por qué?

—Los locos no tienen porqué. Así pueden ser felices.

—Te ordeno que me des un porqué. ¡Y en seguida!

Parmenio se encogió de hombros. Respondió dulcemente y como al acaso:

—Creo en la realidad como imaginación. Y viceversa. Creo en la verdad como hipótesis y mentira.

—Es un porqué que no entiendo. ¡Te ordeno que me des un porqué claro!

—Creo que la vida consiste en los hechos extraños que desmienten su lógica. En las maravillas de lo posible.

—¡Un porqué comprensible! —repitió, furioso, el oficial.

—Creo en la verdad de los cielos. Y estoy en compañía del Universo.

—0 sea, que eres católico.

—No.

—Di: ¡no, señor!

—No, señor, no soy católico.

—¿Pertenece, por tanto, a una secta?

—Sí —ironizó Parmenio—. A la secta que advierte: guardaos de los oficiales y de las buenas conciencias. Matad a los héroes. Conspirad, pero, sobre todo, contra vosotros mismos. Creed sólo en la otra cara de la Luna...

—Continúa —lo apremió el oficial.

—No existe la Historia; las tragedias de la Humanidad sólo son pobres metamorfosis. Nada se salva, aparte la ironía. No somos más que pescadores sin peces, sentados a contemplar una puesta de Sol definitiva.

—Ya basta —aprobó el oficial, satisfecho—. Eres realmente loco. Y, como loco, hablas bien.

Entraban correos y emisarios que, atravesada la sala, desaparecían en una puerta del fondo. Llegaban, evidentemente, de la guerra, se sacudían las guerras, y nubes de polvo se levantaban entre las mesas de mármol en las que yacían los heridos y los muertos, cubiertos por sábanas ensangrentadas.

Se oía el ruido del aleteo de las mariposas en torno a las lámparas, y en ciertos momentos no había más movimiento, junto a la débil respiración, acá y allá, que señalaba a los supervivientes.

—Mataremos también a Oreste Fionda.

—Lo sé —dijo Parmenio.

—¡Viva Fionda! —exclamó, con sarcasmo, el teniente, recordando el grito con el que, desde el alba hasta el oca-so, los manifestantes le habían hecho frente en los campos parmenses—. ¡Viva la huelga!

Sin sarcasmo, Parmenio le hizo eco.

El teniente lo miró fijamente, con odio.

—Fionda no es más que un pregonero de feria. Y jamás ha sido obrero. ¿Cómo puede sentarse en la Cámara del Trabajo? ¿Con qué derecho dirige un Comité?

—¿Lo matarás tú?

—Yo —afirmó el teniente—. Yo, personalmente. —Levantó la espada—: Le cortaré la garganta y los cojones. Y mandaré los cojones a la Sociedad Agraria o a la Liga o, si lo prefieres, a su madre.

—Mi apellido —dijo entonces Parmenio— es Fionda. Oreste es mi hermano. Si lo matas y le cortas realmente los cojones, es a mí a quien debes dárselos. Nuestra madre murió hace muchos años. O, mejor dicho, lo mejor será que me des los tuyos, en vista de que será él el que te mate a ti.

Como sobre un campo de batalla, el teniente dio una vuelta, calculando aquellos restos de un inútil desastre. Del patio llegó un sonido humano.

—Se desesperan —afirmó, levantando la cabeza.

—Cantan —corrigió Parmenio.

En efecto, la noche dilató un coro sin palabras, con una potencia que rebasó los muros del cuartel.

—Es un lamento —se obstinó el teniente.

- *Es el Requiem de Verdi.*

Y Parmenio bajó la sábana de una mesa. Había visto desde el principio dos pies desnudos, la planta del derecho cortada, y había pensado en una niña muerta. Pero no lo era. Tan pronto como la sábana le cayó de la cara, los ojos de Zelia miraron fijamente a los dos hombres, y una luz de animal en su cubil puso en guardia al mundo.

Desde su casa de Santa Croce, Parmenio escrutaba los horizontes surcados de canales, las grúas mohosas de los pequeños embarcaderos que hacía ya mucho tiempo que no descargaban nada; se veían las torres de Sette Castella y Pieve di Saliceto, se respiraba el aire del ultrapó de Pomponesco.

Comprobaba que todos los hombres eran hombrones que llevaban sombreros de fieltro y parloteaban entre ellos. Mientras, las mujeres se alejaban de los pueblos mirando

hacia atrás y se escondían en casetas llenas de viejas anclas, palos velas que, como las grúas, no eran usados hacía por lo menos un siglo; o bien bajaban a los canales con la superficie cubierta de troncos flotantes que esperaban ser remolcados lejos; alguna se aislaba en una barcaza fondeada desde hacía demasiadas estaciones, ahora en el fango, y el fango se había convertido en una costra profunda, sobre la cual se levantaban enrejados.

Iban no a amar ni a robar, sino a llorar secretamente por sus desesperaciones. Era una tierra en la que se procuraba llorar sin que nadie le viera a uno.

—Una tierra que no cambiará jamás —afirmaba Parmenio, y marchaba por caminos y terrenos anegadizos, esperando, por el contrario, verla cambiar ante sus ojos.

—La cambiarán nuestras revoluciones —respondían.

Parmenio se detenía en las cocinas, en los establos. Se estancaba en aquellos interiores un aire belicoso, que desmentía la serenidad mostrada a la luz del sol; además de hechizada por un espíritu exquisito, por el sarcasmo y por la sublimidad sensual, era una tierra históricamente indecisa, o sea, presta a las imprevisibles testarudeces de un niño. Por eso las tropas regias paseaban a caballo simulando ejércitos en marcha hacia una primera línea inexistente, sin perder en realidad de vista las anclas en desuso, en torno a las cuales las propias tierras parecían flotillas.

Se decía que el Regimiento de los húsares de Piacenza, con las ricas casacas de paño rojo que hacía correr a los niños, había sido creado contra aquellas enigmáticas orillas del Po.

—Vuestras rebeliones son caprichosas —protestaba Parmenio—. Pasatiempos como los absurdos oficios que practicamos en vez de trabajar seriamente. La verdad es que no cambiáis porque no queréis cambiar, felices de vuestras rarezas e incluso de vuestro dolor.

Los hombres se deslizaban sobre barcas y, a falta de viento, se ayudaban con una larga pértiga. Tenían un as-

pecto digno, la cabeza erguida, las ropas en orden, como si, en vez de ir a marchar sin rumbo entre ranas y serpientes acuáticas, desfilasen en cortejo.

—Ésta es la nueva Galilea —le respondió, riendo, mi sacerdote, el padre Tanzi, manipulando la pértiga con la misma excéntrica austeridad que los otros—. Nosotros somos el centro del mundo porque tenemos todos sus defectos y todas sus virtudes.

Parmenio se sentaba, dubitativo, en las orillas. ¿Qué sensación puede tener —pensaba— una tierra donde la gente ejerce todos los oficios de lo inútil? Como criar pájaros; fabricar exvotos que la gente llama esculturas piadosas; tocar instrumentos que nadie tocaba ya, empezando por el laúd; hacer cálculos sobre cuándo, cómo y dónde va a morir un lucio.

Pero si había abandonado Parma y Palazzo Fionda, yendo a vivir a aquel lugar con el pretexto de hacer manifiestos los programas revolucionarios de su hermano, era para practicar los mismos oficios, la misma incongruencia.

Desde las barcas, ya lejanas en el horizonte, no lo oirían. Por eso concluía sus recomendaciones gritando:

—¡Que vuestras rebeliones sean sinceras! ¡Aprended a odiar vuestras desgracias!

Luego se frotaba las manos, satisfecho de poder olvidarse de los grandes ideales y, si le daba la gana, dirigirse a un álamo.

Se había hecho tan experto en interpretar la naturaleza que lo circuía, que por las noches de verano iba con teas y hachones encendidos, y Zelia lo veía dar vueltas por las cuevas y las orillas, indicando continuamente su presencia con las llamas que tenía en las manos y que sólo la luz del alba hacía desaparecer. En el interior de los halos que se desplazaban siguiendo un cálculo mágico, su cabeza era de una extraordinaria pureza, y se acercaban a él los leopardos, las panteras y todos los animales inexistentes, que se acurrucaban a los pies del hombre y lo escuchaban. O apa-